

SUMARIO.

TEXTO:—*Pensamientos de Santa Teresa.*—*Glorias españolas.* *Santa Teresa de Jesús*, por Francisco de P. Flaquer.—*La Doctora de Avila*, por Antonio de P. Moreno.—*Santa Teresa de Jesús*, por Octavio Elizalde.—*Santa y Sabia*, por Agustín F. Martínez.—*Santa Teresa de Jesús*, por Domingo Elizalde.—*Santa Teresa*, por José S. Segura.—*En el tercer Centenario de Santa Teresa*, por Juan de D. Peza.—*Santa Teresa de Jesús*, por Eduardo del Valle.—*Teresa de Jesús*, por Luis G. Rubin.—*Crónica teatral.* *La Gioconda*, por Gustavo Baz.—*El Aeronauta* (conclusión). Novela original de Julia de Asensi.—*La Hija de la Caridad.*—*Curioso Laberinto* tomado del libro de las *Fiestas de Madrid*, que se celebraron á la canonización de Santa Teresa de Jesús, y en el cual se lee un *Soneto con piés forzados*, una *Oda* y un *Himno*. Se ignora el nombre del autor.—*Explicación de las ilustraciones.*—*Anuncios.*

ILUSTRACIONES:—Homenaje á Santa Teresa.—Fachada del Convento de la Anunciación del Carmen, donde se halla el sepulcro de la Santa.—Procesión de peregrinos al sepulcro de la Santa.—Fiestas de Setiembre en Oaxaca: Arco de la Industria de las colonias española é inglesa. Arco del Comercio.

PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA

Tengan los padres gran cuenta con las personas que tratan sus hijos jóvenes; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor. Gran merced hace á Dios á quien pone en compañía de buenos. (Vida, cap. 2.)

Cuando la determinación de servir á Dios es grande y verdadera, no tiene el demonio mucha mano para tentar el alma, porque le tiene miedo y sabe que saldrá mal: el que está totalmente determinado á caminar al cielo, pelea con gran valor, como el soldado que hace ánimo de vencer ó morir en la batalla. (Con., cap. 21, n. 1.)

Para hablar con nuestro Padre Eterno no es menester ir al cielo, ni ha menester hablar á voces. Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá; ni ha menester alas para ir á buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan gran huésped; sino con gran humildad hablarle como á Padre, pedirle como á Padre; contarle los trabajos, pedirle remedio para ellos. Entiendo que quien no lo haga así no es digno de ser su hijo. (Con., cap. 18, n. 1.)

Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos: nunca Dios nos la deje probar, que es la guerra perpetua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto, metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios que de nada le remuerde la conciencia, ésta es la paz con el demonio. (Con., cap. 2, pág. 338.)

¡Oh, amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus afectos del amor del mundo! éste no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar lo que posee. El de mi Dios, mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. (Esc., cap. 1, pág. 128.)

¡Oh, gente interesada y codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo á gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un momento, lo pierden todo, por gozar de aquella miseria que ven presente. (Esc., cap. 13, pág. 133.)

Siempre sirven las determinaciones para seguir la virtud y servir á Dios, aunque algunas veces faltemos á ellas; porque repitiéndolas nos fortalecerá su Majestad algunas veces para hacerlas constantes. (Mor., 7, cap. 4.)

Acuérdense de las palabras divinas, y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. (Vida, cap. 19, pág. 87.)

Hágase su voluntad. ¿Qué pensais que es su voluntad? No penseis que está la cosa en que si se muere mi madre ó mi hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no lo sienta; y si hay trabajos, pérdidas ó enfermedades, sufrirlas con contento. Bueno es, y á veces consiste en discreción; porque no podemos más, y hacemos de la necesidad virtud. ¿Cuántas cosas de éstas hacían los filósofos, porque tenían mucho saber en esto de se conservar! La verdadera voluntad del Señor es que tengamos amor á su Majestad y al prójimo: guardando esto hacemos su voluntad. (Mor., 5, cap. 3, n. 7.)

Yo he conocido persona que estando muy perdida por sus flaquezas, gustaba de que se aprovecharan otras de las mercedes de Dios, mostrándoles el camino de la oración á las que no lo sabían; hizo harto provecho, harto. En premio de esto le tornó el Señor á dar luz; de donde sacaremos que para ir mereciendo más y más, es preciso no torcer de la Ley de Dios. (Mor., 5, capítulo 3, n. 2.)

Haced vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo; no se pierdan las virtudes, si alguna me habeis ya dado por sola vuestra bondad: padecer quiero, Señor, pues vos padecisteis; cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plega á vuestra Majestad, que cosa de tanto precio como vuestro amor, se dé á gente que os sirva por gustos. (Vida, cap. 11, pág. 47.)

Es gran humildad el verse condenada sin culpa y no disculparse, imitando al Señor: no llegará á la cumbre de la perfección el que tiene por costumbre disculparse: siempre se descubre el no estar culpada la persona que no se disculpó cuando la condenaban sin motivo, y el Señor vuelve por ella, como hizo Magdalena en casa del Fariseo. (Con., cap. 15.)

¡Oh, almas redimidas por la sangre de Jesucristo, habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible no procureis quitar la pez del pecado que empaña el cristal de vuestra virtud? Mirad que se os acaba la vida, y jamás tornareis á gozar de la luz.

La tierra donde está plantado un árbol que es el demonio, ¿qué fruto puede dar?

No hay cosa mientras vivimos que merezca el nombre de mal sino ésta, pues acarrea males eternos para sin fin. (Mor., 1, cap. 2, n. 4.)